

## El Charro Inmortal

En la Historia del Cine deben figurar no sólo aquellas realizaciones que responden a las mayores exigencias de la crítica sino también películas y protagonistas que, al margen o en contra de la opinión de los definidores, han conseguido penetrar en la sensibilidad de todos o de gran número de espectadores.

Artísticamente no admite parangón una obra de Williams o de Greene o de Mr. Monroe con otras de tono menor que, pese a su intrascendencia, han gustado. De «La Muerte de un Viajante» a «Els Pastorets» va un abismo y, no obstante, a mí me han emocionado mucho más en su día «Els Pastorets» que la obra citada o que «Las Brujas de Salem».

En la novela, al lado del «Quijote» o de «Sinhué el Egipcio» o de «La montaña mágica» no podemos colocar la producción novelística de nuestros más conspicuos escritores vernáculos. No obstante guardo más profunda huella de Blasi i Rabassa, de Folch i Torres y de Apel·les Mestres que de otros muy encumbrados y renombrados autores.

...Hace unos días visioné un film mejicano con el título que encabeza esta crónica. Se trata de «un recull» de canciones de J. Negrete. Técnicamente la producción es reiterativa y desdichada; los guionistas no han conseguido darle al argumento la cuerda que merece y que pudo lograrse. No obstante, un nutrido público — ya sabedor de estos fallos — acudió al local dónde se proyectaba y siguió la película con el máximo interés y con emoción contenida.

Jorge Negrete, envarado como actor, antipático para muchos a causa de interpretar siempre papeles de niño bonito, supuso, incuestionablemente, la llegada al cine de la alegre, dinámica y excitante canción mejicana. Fué su obra la del hombre que supo pulsar la fibra sensible — sensible a veces — de este gran sector de público que acude a las salas de proyección para pasar unas horas de ensueño, unas horas blancas de problemas acuciantes y de zancadillas sociales o domésticas. Películas las suyas sin complicación — el bueno, el malo y triunfo del amor —, empalagosas a la larga, consiguieron una extraordinaria difusión y pusieron en el orden del día al folklore mejicano.

Ninguna de ellas, técnicamente, reúne méritos para figurar en la lista de films sobresalientes, y no obstante ahí está la reacción del público medio que viene impulsado por razones sentimentales difíciles de calibrar.

La película dedicada a «El Charro Inmortal» es un homenaje de Méjico al hombre que más contribuyó a la universalización de su patria; al hombre que supo honrarla con sus canciones, con su maravillosa voz y con sus medianas posibilidades de actor. La emoción de las gentes mejicanas ante los restos mortales de Negrete se revela auténtica y es recogida certeramente en esta cinta. La tumba donde reposan sus restos es un modelo de expresividad y de logro estético. El himno final, cantado por los mejores cantores de Méjico, es impresionante. Y, como fin, el actor, interpretando su canción favorita

(Méjico lindo y querido  
si muero lejos de tí  
que digan que estoy dormido  
y que me traigan aquí)

pretende, quizá, impulsar a las gentes a no considerarle destruido sino simplemente ausente en un mundo intermedio del que puede reaparecer para solozarnos con nuevos y alegres corridos. Finales así son muy gratos a la mentalidad de aquellas gentes.

Iría demasiado lejos tratando de dilucidar si el héroe surge por sus propios méritos o aparece en virtud de una conmoción circundante; de una atribución de cualidades que se agigantan en el transcurso de los años hasta alcanzar alturas de mito.

El caso es que se puede afirmar que en la constelación de astros cinematográficos que el transcurso de los años va formando en el Más Allá, el nombre de Jorge Negrete figurará con más brillo que el de conspicuos intérpretes mimados por



por L. D'ANDRAITX

## El poder evocador de las fechas

Cualquier día es bueno, cualquier día es hábil para sobrecogernos con la feliz angustia de un recuerdo. Siempre es feliz un recuerdo y siempre tiene algo de angustioso. Felicidad, evocando dicha, y también por sentir lejos, en el pasado el dolor que nos hirió. Angustia de nostalgias e impotencias de retornar a un dichoso ayer; también angustia, ante una hiriente evocación. Siempre juntas las dos sea el recuerdo el que fuere, se conjugan en esa extraña sensación que prelude y rubrica todo recordar. El recuerdo no es siempre un acto consciente, fruto de la voluntad. Nace de un perfume, de una tonalidad de la luz, de un crujir de pasos, de un sonido... Generalmente, una contracción de los músculos del estómago, del diafragma o de los de la garganta, suele ser el primer aviso. El corazón y el pensamiento aun están mudos. Poco a poco, bajo el intensivo latir del pulso, del golpear de la sangre, el recuerdo invade cada rincón de nuestro cuerpo, se hace consciente.

Rechazar un recuerdo es tan imposible como olvidar o no olvidar a voluntad. Recordar es un acto reflejo. ¡Cuántas veces quisiéramos recordar algo, y no damos con ello, perdido irremisiblemente todo camino de retroceso en el tiempo...!

Pero en ciertas fechas, y al conjuro de ellas, ponemos mano y voluntad en el recuerdo. Hoy hace una semana... Ya transcurrió un mes... Hoy se cumple el aniversario... Cinco años ha. O diez o veinte. No importa. Cualquier unidad de tiempo sirve para concertar nuestra cita con los recuerdos. Sin sorpresa, con plena voluntad. Recordar es un acto consciente, si antes no fué reflejo el olvido.

Y recordamos sin necesidad de perfumes, sin crujir de pasos o de sedas, sin el arrullo de una canción querida... Sin doblar de campanas, sin aceros. Recordamos, porque queremos, ya que sigue la opción de acatar o no acatar la semi-orden de una fecha.

Empezamos a recordar, serenos, con la memoria, con el pensamiento, para acabar sintiendo perfumes y sedas y presencias. Lágrimas, heridas, vergüenzas. Latidos del pulso.

Y tal voluntad se pone en el recuerdo, que, más que recordar, es vivir de nuevo. Dicha o dolor, a cara o cruz. Veinte y cuatro horas de ofrenda, sin cansancio, sin sueño a un sueño o a una realidad que fué.

Pero, pese a la voluntad de recordar, nos empeñamos en ver algo de mágico en el poder evocador de unas fechas. Y lo vemos y lo aceptamos sin disgusto, porque la magia no dejó de envolver nuestras vidas, no supimos soltarnos de su atávico abrazo, que presidió atávicos ritos en la alborada de los tiempos.

¿Por qué y dónde el poder de unas fechas, si son simplemente unidades, si el propio número del calendario no cuenta?

En la unidad estará. Sólo en ella; no en el rizo de un nueve, ni en el desgarrón de un siete, ni en la doble joroba de un tres. Tampoco, en la pareja de enamorados cisnes de un veinte y dos.

En la unidad se amaga ese viento de magia. Sólo en ella.

Unidad, alto símbolo de valores absolutos; perfectos. Paz. Armonía. Amor. Dios.

---

la crítica y poseedores de galardones insignes. Seguramente porque, como dice la canción, «cantaba con todo el sentimiento».

Hé aquí un detalle que generalmente la crítica, demasiado cerebral y algebráica, relega en el desván de los olvidos.

**Antonio Miralles Manresa**